

NOTAS PARA UNA FILOSOFÍA DE LA CREENCIA

Luis A. Aranguren Gonzalo

El ser humano habita en un suelo frágil y resbaladizo, al que se atiene en unos u otros momentos en virtud de las creencias que lo sostienen. El reconocimiento básico de la creencia como el peculiar ámbito en el que nos movemos y existimos implica situar a la persona en toda su hondura como realidad relativamente absoluta que, más allá del escepticismo y del dogmatismo, domicilia su existencia en unas creencias que le permiten seguir siendo. En el presente estudio presentamos las notas iniciales de una filosofía de la creencia a partir de la filosofía personalista de Jean Lacroix y del diálogo con otros pensadores como Ortega y Jaspers.

9

Introducción

Nuestro estudio parte de la convicción de que la creencia es una realidad inevitable del hombre con la que nace y muere, al margen de su voluntad, ya que –recordando a Ortega– la creencia constituye una vivencia primaria de la realidad que puede tornarse en vivencia de la ultimidad de la realidad humana. Para escrutar las raíces filosóficas de la creencia y esbozar un modelo de creencia que sirva de mediación para el encuentro con Dios, nos apoyaremos preferentemente en el pensamiento del filósofo personalista francés Jean Lacroix (1900-1986), uno de los intelectuales que más y mejor han hecho del diálogo con otros autores y con otros

campos del saber una actitud metodológica verdaderamente ejemplar¹.

Lacroix trata de rescatar la noción de creencia desde una perspectiva claramente personalista, pues intenta devolver a la persona dimensiones antropológicas constituyentes del entramado humano que en nuestra cultura posmoderna han ido quedando en el olvido, cuando no se han omitido intencionadamente. Ello ha sido debido al extraordinario papel que juega el saber científico-técnico, y el rápido desarrollo del modelo de razón que le asiste. Abordamos la validez filosófica de la noción de creencia desde una triple perspectiva que se complementa entre sí:

1. Ámbito de la creencia

1.1. La creencia, entre el dogmatismo o el escepticismo

Desde el punto de vista de la ley de tensión polarizada por la afirmación o por la negación filosófica, el dogmatismo encarnaría la afirmación mientras que el escepticismo se convertiría en la negación de toda certidumbre. Para Lacroix es un error separar duda e incertidumbre: ambas deberían permanecer unidas ya que el movimiento progresivo del pensamiento implica por igual ambos momentos. Duda no es lo mismo que incertidumbre; por el contrario, "dudar es escoger entre la multiplicidad de nuestras creencias espontáneas".² La duda, empero, ha de contar necesariamente con las propias creencias, lo que hace posible que la duda establezca una distancia entre nosotros y el objeto de nuestra creencia. Entre duda e incertidumbre, el pensamiento va fraguando sucesivas síntesis por medio de una ley de tensión que no puede ser jamás superada.³ Esta aseveración resulta un tanto escandalo-

¹ Un estudio sistemático sobre la antropología filosófica de Jean Lacroix puede verse en ARANGUREN GONZALO, L.A., *El reto de ser persona*, BAC, Madrid (en prensa).

Esto implica, según nuestro autor, que el dogmatismo carece de cualquier posibilidad de duda mientras que el escepticismo no halla en su interior ningún tipo de certidumbre. Cfr. *El sentido de diálogo*, Fontanella, Barcelona, 1964, pág. 97. En este sentido, Lacroix coincide con Ortega y Gasset al contemplar al hombre como "verdad insuficiente". Ortega recuerda que "el hombre siempre tiene certidumbre o verdades, pero las tiene sin poseer su último fundamento y además en colisión unas con otras". ORTEGA y GASSET, J., *Ideas y creencias*, Alianza, Madrid, 1986, pág. 14. De lo anterior se desprende que, de las cuestiones últimas, todo es incierto y se encuentra sujeto a nuevas verdades por descubrir, lo que promueve el quehacer filosófico como un movimiento que nunca acaba.

² LACROIX, J., *El sentido del diálogo*, Fontanella, Barcelona, 1968, pág. 98.

sa en un contexto cultural como el occidental en el que la disyuntiva se torna en vara de medida: o duda permanente o convicción incontestable. Cuando se ensalza la duda surge la sospecha acerca de cualquier convicción que se nos aparece como prisión de nuestra conciencia, tal como lo entendía Nietzsche. Cuando la convicción adquiere carta de ciudadanía, siempre tiene la tentación de erigirse en el único absoluto en donde no pueden incrustarse ni dudas ni preguntas de ningún orden. Nuestro reto –con Lacroix– es vivir la radical inquietud, sostenidos por alguna que otra certidumbre y seguridad.

Para Lacroix, entonces, lo que caracteriza al hombre no es la ignorancia ni la ciencia, sino una ignorancia que va caminando hacia el conocimiento o una ciencia siempre inconclusa, es decir, una creencia; en definitiva, "creer es lo propio del hombre, es señal de su grandeza y su miseria";⁴ creer es algo inequívocamente humano, ajustado a su condición, a la vez carencial y que rebasa.⁵

1.2. La creencia, frente a la identificación de objetividad con verdad

Esta identificación es la propia del conocimiento científico, en alguna de sus versiones más conocidas y generalizadas. Durante este siglo, insiste Lacroix, en nombre de la objetividad se han expulsado demasiados mitos, creencias y religiones.⁶ En este ajustado

³ La ley de tensión propicia que el hombre desarrolle un pensamiento en una progresiva y perpetua conversión a la verdad: "el movimiento de la reflexión se nos presenta como una serie de afirmaciones y negaciones que se suceden sin pausa, siendo la duda inherente e inmanente a la misma afirmación, y señalándose por no sé qué inquietud o deseo de rebasar la fórmula actual; siendo la afirmación inherente e inmanente a la misma duda y señalándose por cierta confianza en el espíritu y no sé qué presentimiento cierto de una fórmula más alta ya entrevista". *Ibíd., op. cit.*, pág. 99.

⁴ *Ibíd., op. cit.*, pág. 100.

⁵ La creencia se inscribe así en el conjunto de notas que constituyen la estructura antropológica. Las investigaciones de otros antropobiólogos, como Ayala o Gehlen, aclaran esta cuestión. Para Gehlen, el hombre se define como un ser carencial e inadaptado, de modo que se encuentra a sí mismo como una tarea por hacer, y ésta es la mejor definición de la condición humana, lo que lo determina a permanecer continuamente abierto al mundo y a la realidad y, por lo tanto, se encuentra obligado a ajustarse -utilizando la terminología zubiriana- a las posibilidades que más lo conducen a una vida plena, sin estar poseído por certidumbre alguna. Cfr. GEHLEN, A., *El hombre. Su naturaleza y su situación en el mundo*, Sígueme, Salamanca, 1980, págs. 22-25. Es la misma carencia la que actúa como revulsivo para ir siempre hacia un más allá, reivindicado por Lacroix, que promueva el dinamismo antropológico de la creencia.

⁶ Cfr. LACROIX, J., *L'intelligence et la foi*, en AMIS DE JEAN LACROIX, *Témoignages et documents*, LES CAHIERS DE L'INSTITUT CATHOLIQUE DE LYON, Numero special, 1988, pág. 55.

te de cuentas, la noción de creencia ha quedado fuertemente devaluada. No se la combate, simplemente se la ignora o silencia.⁷ En otras palabras, "lo que caracteriza al mundo moderno es que el saber reemplaza y destruye progresivamente al creer. Es, en suma, el triunfo de una inteligencia que elimina toda fe",⁸ sea ésta religiosa o no.⁹ Sin embargo, Lacroix objeta que toda inteligencia, incluso la inteligencia de tipo científico, supone una cierta manera de fe. No existe inteligencia sin creencias, sin una cierta fe filosófica. Necesariamente, para conocer, incluso para conocer de un modo científico, es necesario creer en el valor de la ciencia.¹⁰ Podemos convenir con nuestro autor en que la reflexión filosófica otorga ya un primer sentido a la palabra fe. No se trata, reiteramos, de la fe religiosa. La fe que actúa en la marcha del conocimiento humano es la fuente y principio de todo conocimiento. Así, el acto de fe es consustancial al espíritu humano. En definitiva, escribe Lacroix, "esta fuente de conocimiento es la persona misma, que no puede ser jamás objeto de constatación o de prueba, sino que se

⁷ En el campo de las creencias, la cultura actual establece que cada uno cree en lo que quiere, abriendo la posibilidad de una sutil disolución de esta dimensión de lo humano. Cfr. *Ibíd.*, *op. cit.*, pág. 56.

⁸ *Ibíd.*, *op. cit.*, pág. 57.

⁹ El concepto de fe hemos de entenderlo en el plano de la fe racional, sin significación necesariamente religiosa. Cuando Lacroix habla de "toda fe", hace referencia no sólo a la religión sino a todo tipo de creencia. El mismo Lacroix aclara: "Fe y creencia no tienen un significado exclusivamente religioso: ellas existen -o son destruidas- en el nivel más básico, más elemental, más fundamental". *Ibíd.*, *op. cit.*, pág. 57. En otro momento, Lacroix nos habla de la fe como fe filosófica, explicitada en el personalismo; fe que permitirá reintegrar todo el conocimiento en el conjunto de la actividad humana, de modo que "la fe filosófica no es propiamente conocimiento, sino más allá o, antes bien, es la fuente y principio de todo conocimiento". LACROIX, J., *Le Personalisme*, en *TABLEAU DE LA PHILOSOPHIE CONTEMPORAINE*, Fischbacher, París, 1957, pág. 425. Así pues, para Lacroix se establece una profunda unión entre creencia y personalismo, tanto en cuanto "el personalismo es la filosofía que afirma que creer es lo propio del hombre, que todo conocimiento se encuentra suspendido en una suerte de fe creadora e inspiradora de sus acciones que elevan a la persona y comprometen su responsabilidad". *Ibíd.* Al hablar de fe filosófica, Lacroix defiende siempre el carácter racional de la misma: "La fe de la que yo hablo es una fe racional, fe de la razón y en la razón: para ser y desarrollarse la razón debe tener fe en ella". MILHAU, J., *Le personalisme aujourd'hui*, *op. cit.*, pág. 19. Desde estas premisas, el personalismo será para Lacroix la expresión de la fe primera en el hombre y en sus posibilidades. En defensa de esta interpretación de la fe filosófica como fe racional defendida por Lacroix, podemos encontrar argumentos suficientes en: CHIRPAZ, F., *Savoir raison garder*, *op. cit.*, pág. 35; CARDON, R., *Pour une philosophie de la croyance*, *op. cit.*, págs. 123, 146, 148-149.

¹⁰ Cfr. LACROIX, J., *L'intelligence et la foi*, *op. cit.*, pág. 50.

encuentra en el origen de toda constatación y de toda prueba".¹¹ La creencia aparece de nuevo profundamente enraizada en la constitución antropológica del ser humano. Lacroix se sirve de Ortega para mostrar esta evidencia, a saber, que el hombre es creencia. En este sentido, recoge el conocido texto orteguiano según el cual "las creencias no son ideas que tenemos, sino ideas que somos".¹² Así pues, el hombre es creencia; no sólo las tiene. Desde la perspectiva de la inquietud humana expresada en preguntas cabe hacer, con Laín Entralgo, una reflexión parecida.¹³ Ya quedó explicitado más arriba que la actitud filosófica comienza con el asombro, con la extrañeza que me producen las cosas estando yo entre ellas y con ellas. Lo real es para el hombre, siempre capaz de novedad imprevista y sorprendente; por eso posee la condición de asombrosa para el hombre. En definitiva, la realidad nos asombra porque no la poseemos; nos es ajena –aun permaneciendo en ella sin estar fusionado con ella– y rebasa los límites de nuestra finitud. Ahora bien, "asombrándonos, la realidad se revela capaz de darnos más o algo distinto de lo que de ella esperábamos. El acto de *dar crédito* a la realidad (G. Marcel) tiene como motivo inmediato nuestro asombro ante ella".¹⁴ Nuestro permanente asombro y su expresión en preguntas indican que para nosotros la realidad tiene siempre crédito, que su haber es inagotable.¹⁵ Por esta razón, el hombre, en el fondo, es crédulo, o lo que es igual, el estrato más profundo de nuestra vida, el que sostiene y porta todos los demás, está formado por creencias.¹⁶

¹¹ *Ibíd.*

¹² ORTEGA Y GASSET, J., *Ideas y creencias*, *op. cit.*, pág. 24. Mientras que las ideas son obra nuestra, con las creencias -dirá Ortega- no hacemos nada, sino que simplemente estamos en ellas. Así, las creencias conforman un estado, base de nuestra vida, y a ellas estamos indisolublemente unidos e incluso aferrados. Desde la posición orteguiana, Lacroix insiste en que es preciso diferenciar la creencia -que compromete a todo el ser- de la mera opinión, siempre inestable y cambiante y, por lo tanto, inconsistente. Cfr. LACROIX, J., *L'intelligence et la foi*, *op. cit.*, págs. 58-59.

¹³ Una sugerente reflexión sobre la relación pregunta-creencia la encontramos en LAÍN ENTRALGO, P., *La espera y la esperanza*, Alianza, Madrid, 1984, págs. 504-531.

¹⁴ *Ibíd.*, *op. cit.*, pág. 506.

¹⁵ Así es posible establecer el juego lingüístico propuesto por Laín: "Si a la realidad se le *da crédito+ es porque ella es en sí misma *creíble+ y *credenda+, digna de ser creída. Por eso, puede ser *acreditada+, poseedora de crédito". *Ibíd.*

¹⁶ Cfr. JAMES, W. cit. por LAÍN ENTRALGO, P., *La espera y la esperanza*, *op. cit.*, pág. 515. Son destacables los ejemplos que en esta dirección señala Julián Marías: "El uso libre e incontrolado del aire frente al uso lleno de restricciones de los alimentos, provoca en nosotros creencias definidas respecto a la inagotabilidad, seguridad y gratitud del primero, y a la limitación, incertidumbre y coste de los segundos".

1.3. La creencia, como condición de posibilidad de una filosofía comprensiva

Lacroix desea inscribir la creencia en el conjunto de la actividad intelectual humana, implicando asimismo su dimensión afectiva, de manera que la creencia "no exige solamente el querer, además de la inteligencia, sino el ser en su totalidad".¹⁷ La creencia es el resultado de una variedad de ideas, sentimientos y actos, lo que significa que la mera unión de dos términos y la construcción de una relación entre ellos no da como resultado necesario la creencia, sino más bien el juicio; para que haya creencia –entien-de Lacroix– es necesario algo más, a saber, "que este juicio se integre a nuestro ser total, a nuestra personalidad integral".¹⁸ Así, la creencia cobra un carácter de **asentimiento**, y éste o es completado o no existe. De este modo podemos entender que el espíritu humano vive en un clima de afirmación primaria según la cual existe una especie de fe elemental en uno mismo, de confianza en sí, de afirmación de sí mismo, que se expresa en la multiplicidad de nuestras creencias, y hasta en la duda metódica.¹⁹ Existe una radical diferencia entre el asentimiento y la inferencia de argumentos lógicos; el asentimiento no es la consecuencia de una inferencia, es algo distinto. La creencia compromete a la totalidad de la persona, de modo que puede sobrevivir a los razonamientos que la han provocado.²⁰

Desde esta reflexión, Lacroix reclama para la filosofía una visión eminentemente comprensiva, lo que nos adentrará en el ámbito de la búsqueda de su sentido.²¹

seguridad y gratuidad del primero, y a la limitación, incertidumbre y coste de los segundos". MARIAS, J., *La estructura social*, Alianza, Madrid, 1993, pág. 158. Estos ejemplos aclaran de qué modo las creencias son las formas más profundas y elementales de inclusión de las diversas dimensiones de lo real en el propio decurso vital.

¹⁷ LACROIX, J., *Marxismo, existencialismo, personalismo*, op. cit., Fontanella, Barcelona, 1967, pág. 126.

¹⁸ *Ibíd.*

¹⁹ Cfr. *Ibíd.*, op. cit., pág. 126. En cierto modo, para Lacroix existen momentos en los que es más razonable hablar, desde el punto de vista filosófico, de creencia que de conocimiento. En resumen, la creencia, como compromiso total, podría definirse, a juicio de Lacroix, como la "personalidad del juicio". *Ibíd.*

²⁰ "De modo concluyente, asiente Lacroix: "Conservamos nuestras creencias aún después de haber olvidado las pruebas, y éstas se pierden, a veces, en lejanas tradiciones". *Ibíd.*, op. cit., pág. 130.

²¹ Para nuestro autor, la filosofía no es esencialmente conocimiento sino comprensión, en tanto que comprender es siempre comprender un sentido. Para Lacroix lo que importa en el fondo es la sed de sentido del hombre y su necesidad de saciarla reflexivamente sin necesidad de amputar ninguna de las dimensiones que integran la totalidad de lo real, incluido el mismo hombre. Cfr. *Ibíd.*, op. cit., pág. 128.

2. Clases de creencias

Lacroix distingue dos clases fundamentales de creencias:

2.1. La creencia espontánea, que es la creencia natural que se define como la "supremacía de la vida espontánea sobre la vida reflexiva".²² Se mueve en el terreno de lo estrictamente psicológico y acaece como un elemento latente de la existencia humana.²³ En el ámbito de la investigación en la que nos encontramos, este tipo de creencia resulta escasamente relevante.

2.2. La creencia filosófica, que será para Lacroix la verdadera creencia, a la vez personal y comunitaria, que comienza con la reflexión como elemento determinante, y donde se incluye el factor de la duda como condición de posibilidad de elevarse a la creencia personal.²⁴ Nos hallamos, pues, ante una estructura básica de la existencia humana, desde la que el hombre se abre a la realidad toda y descubre que más allá de su propia finitud hay necesariamente algo sin lo que no le sería posible existir. Lacroix distingue así la credulidad, entendida como la mera situación en que un objeto determinado se nos impone propiciando que la creencia –con ser subjetiva– no sea obra nuestra, de la creencia auténtica, que no es solamente la que está en mí, sino aquélla que soy capaz de reconocer como tal.²⁵ Es, pues, en este **reconocimiento** o **confesión** –de acuerdo con la terminología que Lacroix gusta de emplear– donde se fragua la identidad conceptual de la creencia.²⁶

²² *Ibid.*, *op. cit.*, pág. 147.

²³ Así aparece, igualmente, en LAÍN ENTRALGO, P., *La espera y la esperanza*, *op. cit.*, págs. 516-517.

²⁴ Como en Ortega, la duda forma parte de la creencia filosófica en el pensamiento de nuestro autor: "La duda, la verdadera, la que no es simplemente metódica ni intelectual, es un modo de creencia". ORTEGA y GASSET, J., *Ideas y creencias*, *op. cit.*, 35. En la duda se está, y se está finalmente para creer; así, Lacroix completa el anterior pensamiento de Ortega de este modo: "En realidad, todo el progreso del pensamiento humano consiste en elevarse de la creencia automática a la creencia personal por medio de la duda". LACROIX, J., *Marxismo, existencialismo, personalismo*, *op. cit.*, pág. 147.

²⁵ Cfr. *Ibid.*, *op. cit.*, pág. 147.

²⁶ En esta idea insiste Lacroix: "si no reconozco más que lo que acepto de mí mismo, si de este modo la confesión se dirige siempre al ser, es necesario decir que mi creencia es mi confesión más profunda". *Ibid.*, *op. cit.*, pág. 148. La creencia se convierte en factor determinante de reconocimiento de lo más íntimo y estructurador de cada ser humano.

Por esta razón, quien no se sitúa en el terreno del reconocimiento de la creencia se coloca en una dimensión existencial diferente, en aquélla que Marcel caracterizó en su momento como *paseante extraviado*.²⁷

El reconocimiento de la creencia se encuentra enlazado con el reconocimiento de la propia finitud. En este sentido, Lacroix no se halla alejado de las posiciones de Jaspers acerca de la conciencia de finitud del hombre.²⁸ El reconocimiento de la **finitud** revela que el hombre "aun siendo él mismo, no puede deberse a sí mismo".²⁹ La finitud dibuja, junto con otros elementos, la condición humana, si bien esta finitud no es susceptible de encerrarse en sí misma como en el caso del animal.³⁰ Así aparece en el hombre la **posibilidad** como modo por el cual realizar su vida. El reconocimiento de la finitud nos abre, pues, al reconocimiento de la posibilidad como realidad con la que hacer la propia vida; en ese sentido –afirmará Jaspers–, "la fe filosófica es la creencia del hombre en su posibilidad. En ella respira su libertad".³¹

Por último, cabe añadir que el mismo reconocimiento de la finitud humana conduce no sólo al reconocimiento de la creencia sino al reconocimiento más radical de la condición de **credenda** tanto de la realidad humana como de la realidad a la que el hombre se halla constitutivamente abierto.³² Al asumir el hombre su condición de **credentidad**, comprende claramente el decisivo papel

²⁷ En efecto, para Marcel, aquél que olvida la dimensión de la creencia pierde la posibilidad de conferir un sentido al destino personal y se halla en una situación existencial de continuo extravío, fuera del camino de la plena realización. Cf. MARCEL, G., *Incredulidad y fe*, Guadarrama, Madrid, 1971, pág. 45.

²⁸ Cfr. JASPERS, K., *La fe filosófica*, Losada, Buenos Aires, 1968, págs. 56-65.

²⁹ *Ibid.*, *op. cit.*, pág. 57.

³⁰ En lenguaje zubiriano, convendría aclarar que mientras que el animal vive clausurado en el estrecho marco del estímulo y respuesta instintiva como ámbito donde se desarrolla su finitud, el hombre rebasa y transgrede esa estructura ya que, en virtud de su inteligencia sintiente, es capaz de aprehender la realidad como tal y, por lo tanto, ha de habérselas con ella, haciéndole frente, de modo que no puede humanamente existir fusionado con su entorno, como en el caso del animal; en este sentido, es una realidad absoluta (suelta-de las cosas), si bien su ser absoluto no es fruto de ninguna conquista personal; es algo cobrado, recibido,, lo que lo hace situarse como absoluto relativo, esto es, como ser finito. Cf. ZUBIRI, X., *Inteligencia y realidad*, Alianza, Madrid, 1984, págs. 40-74.

³¹ JASPERS, K., *La fe filosófica*, *op. cit.*, pág. 65.

³² Incorporamos en este trabajo el término condición en el sentido que lo emplea Zubiri, como la capacidad de la que está dotada la realidad para quedar constituida en sentido para el hombre. Así, la realidad humana queda constituida en condición para el mismo hombre. Cf. ZUBIRI, X., *Sobre el sentimiento y la volición*, Alianza, Madrid, 1992, págs. 230-231.

que las creencias desempeñan en la conciencia y en el sentido de la vida personal.³³ Así, la creencia cobra carácter de realidad valiosa para el hombre ya que, siguiendo de nuevo a Jaspers, "el nihilismo es la caída en la incredulidad".³⁴ Por esta razón, más que apuntar a contenidos concretos, la creencia se configura como una atmósfera necesaria en la que el hombre habita, donde se encuentra con los otros y se abre a la posibilidad del encuentro con una dimensión que lo trasciende.

La filosofía de la creencia en Lacroix es la expresión de la dimensión antropológica de la creencia presente en cada persona y que sintéticamente queda caracterizada por los siguientes rasgos distintivos:

a) La creencia, como fuente de **sentido**, ya que lejos de servir de plataforma de evasión del mundo para refugiarse en la pura subjetividad, creer no es sino esforzarse en descubrir progresivamente el sentido de ese mundo en el que vivimos,³⁵ pues quien cree es una conciencia que progresa en la búsqueda de la verdad participando en ella. Lacroix encuentra un paralelismo entre la afirmación del conocimiento verdadero, que no es evasión sino compromiso, y la creencia.³⁶ De este modo, la creencia se enfrenta a la postura existencial del absurdo, ya que el absurdo no es tanto lo que carece de explicación cuanto de sentido. En esta misma medida, para nuestro autor, "creer es siempre creer en un sentido".³⁷

b) La creencia, como modo de **encuentro**, en primer lugar, encuentro del hombre con la verdad y con los demás hombres. Ya que el hombre es un ser en continua peregrinación, la creencia aparece como factor de consolidación de su ser a través de la posibilidad del encuentro con los demás. Esta capacidad de encuentro se enmarca, igualmente, en la con-

³³ La condición credenda del hombre unida a su propia vocación personal podemos encontrarla más desarrollada en LAÍN ENTRALGO, P., *La espera y la esperanza*, op. cit., págs. 518-519.

³⁴ JASPERS, K., *Origen y meta de la historia*, Alianza, Madrid, 1985, pág. 278. Jaspers aclara suficientemente en estas páginas que el único enemigo de todo hombre es el nihilismo. Y, a pesar de todo, el hombre no puede vivir sin creencia, pues "aun en el nihilismo, como antípoda de la creencia, sólo existe referido a una creencia posible, si bien negada". *Ibid.*

³⁵ Cfr. LACROIX, J., *Marxismo, existencialismo, personalismo*, op. cit., pág. 137.

³⁶ Cfr. *Ibid.*

³⁷ *Ibid.*, op. cit., pág. 150.

dición de temporalidad e historicidad en la que vive el hombre; el hombre es historia, y la temporalidad y la historicidad son constitutivas de la creencia.³⁸ Desde esta perspectiva histórica, el creyente cree, ante todo, en una tarea, de modo que tanto él como la humanidad son realidades que se encuentran aún por hacerse, que están siempre en camino.

c) La creencia, como modo de apertura y de **confianza**. Desde la conciencia de finitud, el hombre se reconoce a sí mismo **estar** en la creencia, y entra a formar parte de una lógica de participación y de comunión. Desde esta perspectiva, a partir de la creencia me abro a aquello de lo que participo; del mismo modo, cabe afirmar –en opinión de Lacroix– que la creencia no se dirige sólo a un objeto sino a un ser, y en esa medida la creencia rebasa la actitud intelectual para dar paso a la confianza ya que no se puede creer sin estar habitado por la confianza.³⁹

d) La creencia, como ejercicio que comienza por uno mismo y por la humanidad de la que formamos parte; la primera condición para creer en algo radica en la creencia en uno mismo y en la humanidad, prolongado en la tarea de hacerse persona junto con los otros y en la realización de la humanidad nueva. Para Lacroix, este doble esfuerzo se sitúa en la movilización que genera la conciencia inquieta en el hombre que cree que le impulsa a hacer coincidir la humanidad en extensión con la humanidad en comprensión. No en vano, Lacroix apuesta seriamente: "creer es esperar e intentar que todos los hombres sean personas, los unos para los otros, y realizar las condiciones mundanas y supramundanas de esta perfecta reciprocidad de conciencias".⁴⁰

³⁸ Lacroix explica este hecho aludiendo al carácter empírico del hombre, de modo que la creencia es siempre una experiencia personal de forma tal que "la marcha misma de la humanidad está formada por la confrontación y asimilación de estas múltiples experiencias", *op. cit.*, pág. 149.

³⁹ Cfr. *Ibid.*

⁴⁰ *Ibid.*

3. Conclusiones

Recogiendo todas las características hasta el momento apuntadas, tomamos la opinión de Ricoeur como síntesis de lo que, a su juicio, representa la noción de creencia en Lacroix. Bajo el sugerente término de creencia, Lacroix "entiende un modo de conocimiento, comprometido en una situación, siempre recuperado por el sujeto en el momento de la duda, por un sujeto en comunión con otros sujetos, militante en el tiempo y secretamente llamado por la eternidad".⁴¹

El misterio de esta última frase de Ricoeur alumbra el punto de llegada de nuestra reflexión. Para Lacroix, en efecto, la creencia no es tan sólo un modo de permanecer atenido a la realidad espacio-temporal, sino una posibilidad de abrirse a una realidad que trasciende a la persona, un modo de abrirse desde el tiempo a la eternidad, puesto que la creencia no está dirigida básicamente a un objeto sino a un ser. Desde este punto de vista, mediante la creencia –afirmará nuestro autor– "me abro a aquello de lo cual participo, del mismo modo que por la muerte me reúno con aquello de lo cual vivo".⁴² La creencia, en último término, se abre a la confianza y a la esperanza ya que la única creencia es la que se dirige hacia un futuro que tiene la posibilidad de no ser un espejismo: esta creencia consistirá en "reconciliar lo temporal y lo eterno en un crecimiento actual del ser, ya que el presente no es más que la presencia de la eternidad en el tiempo".⁴³ El reconocimiento básico de la creencia como el peculiar ámbito en el que nos movemos, existimos y estamos instalados, activa un movimiento a partir del cual la persona se abre a una creencia radical, aquélla que funda la propia realidad humana –relativamente absoluta– en la realidad absolutamente absoluta, que es Dios.

Abstract

The human being lives on a fragile and slippery ground, to which he is bounded depending on the beliefs he has. The basic recognition of belief as the peculiar setting in which we move and live implies to consider the person in depth as a relatively absolute reality, which beyond scepticism and dogmatism, places his existence on certain beliefs that allow him to go on living. In this study, we present the initial notes of a philosophy of belief, from the personalised philosophy of Jean Lacroix and in relation with other thinkers such as Ortega and Jaspers.

⁴¹ RICOEUR, P., *La pensée engagée*, op. cit., pág. 708.

⁴² LACROIX, J., *Marxismo, existencialismo, personalismo*, op. cit., pág. 141.

⁴³ *Ibid.*, op. cit., pág. 151.